

### Otoño

Otoño en el paisaje,  
Chopin en tu piano...

En la brisa hay perfumes  
de lágrimas... El hálito  
de algún rosal que el viento  
deshoja en el cercano  
jardín...

El cielo cruza  
un fugitivo bando  
de golondrinas...

Muere  
sobre tu seno un ramo  
de jazmines...

Se extingue  
por los valles lejanos  
un largo y lento doble  
de campanas.

Y un rayo  
humilde y temeroso

de sol poniente, entrando  
por el balcón, enciende  
de luz el empolvado  
oro de tus flotantes  
cabellos destrenzados...

Otoño en el paisaje  
Chopin en tu piano...

### La hermana

A BIANCA MARÍA CAMARANO

En tierra lejana  
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera  
mi llegada espera  
tras de la vantana.

Y a la golondrina  
que en sus rejas trina,  
dice con dulzura:

—¡Por aquella espina  
que arrancaste a Cristo,  
dime si le has visto  
cruzar la llanura!—

El ave su queja  
lanza temerosa,

y en la tarde rosa,  
bajo el sol se aleja!

Desde su ventana,  
mi pálida hermana,  
pregunta al viajero  
que camina triste:

—¡Por tu amor primero,  
dime si le viste  
por ese sendero!—

Pero el pasajero  
su calvario sube,  
y se aleja lento,  
dejando una nube  
de polvo en el viento!

Desde su ventana  
a la luna grita  
mi pálida hermana:

—¡Por la faz bendita  
del Crucificado,  
dime en qué sendero  
tu rayo postrero  
su paso ha alumbrado!—

La luna la vaga  
llanura ilumina,  
trémula declina,  
y en el mar se apaga!

Acaso yo errante  
pase vacilante  
bajo tu ventana;

y sin conocerme,  
mi pálida hermana,  
preguntas al verme  
venir tan lejano:

—Dime, peregrino,  
¿has visto a mi hermano  
por ese camino?

### La cita

En la tranquila alcoba perfumada  
aun la lámpara sueña, vacilante,  
nimbar la palidez de tu semblante  
con su suave claridad rosada.

Te presiento en las sombras la mirada,  
y el corazón espera palpitante  
desfallecer de amor en el amante  
abrazo anunciador de tu llegada.

Aguardo, con el alma toda oídos,  
la vaga ondulación de tus vestidos,  
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano  
de tu pequeña y enguantada mano,  
que llama—toda trémula—a mi puerta!

### Scherzo

Junto a la dudosa  
lámpara te espero...  
leyendo...

Una rosa  
muere en el florero.

Llueve...  
Lentamente  
desfilan las Horas...  
¿Por qué, alma impaciente,  
cuando esperas, lloras?

La estancia desierta  
aun sobre el piano  
la sonata abierta  
sueña con tu mano.

Suspira en el eco  
tu voz... La almohada,  
que aun conserva el hueco  
de tu sien, espera  
la lluvia dorada  
de tu cabellera...

Y perfuma el viento  
de la vieja estancia,  
la tibia fragancia  
que exhala tu aliento.

La clara y fulgente  
luz de la mañana  
brilla en la ventana  
abierta...

Se siente  
lejana campana...

El libro cerrado,  
la rosa marchita...  
El reloj parado  
señala la cita!

### Flor de Otoño

Quando me sonríes tras la vidriera,  
de las tibias tardes a la luz dorada,  
fatigado y triste sobre la almohada  
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto  
de una flor que muere cuando a abrirse empieza,  
y hay en tus pupilas tan honda tristeza  
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

Golondrina herida que abandona el nido,  
tu vuelo a la tierra se inclina ligero;  
y eres una efímera flor de invernadero  
que tan sólo vives a fuerza de cuidado!

Es más transparente cada vez tu mano,  
más amarillenta tu faz demacrada;  
y tu voz suspira, débil y apagada,  
como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto;  
nostalgias de antiguas primaveras sientes,  
y tus negros ojos, profundos y ardientes,  
parecen dos cirios que alumbran a un muerto.

Siempre pensativa, triste y ojerosa,  
notas que la vida voluble te deja;  
y el eco angustioso de tu tos semeja  
un golpe de azada, cavando una fosa!

Vestida de blanco, te pierdes como una  
quimera de nieve, por la noche en calma,  
como si tu cuerpo fuese todo alma,  
como si tu alma fuese toda luna!

Y los caminantes exclaman al verte  
subir de mi brazo agreste vereda:  
—¡Pobre flor de Otoño, qué poco le queda!...  
¡Lleva ya en la cara grabada la Muerte!

## Mística

A NICOLÁS MARÍA LÓPEZ

El viejo jardín de la abadía  
se alza de un santo monje la escultura,  
que turba con su fúnebre blancura  
de los cielos la azul monotonía.

Silenciosa las horas desafía,  
con la mirada inmóvil en la altura,  
y proyecta en la trémula espesura  
la sombra de su gris melancolía.

No hay pájaros ni suena una plegaria  
en el jardín. Tan sólo cuando vierte  
el sol la sangre de su luz postrera,

se enrojece la estatua solitaria,  
como si bajo el mármol de la Muerte  
el rosal de la Vida floreciera!

## Cristiana

A CAMILO BARGIELA

—Como en Jordán, de gracia me he bañado  
con tu santa palabra milagrosa,  
y es gozo la tortura que hoy me acosa,  
porque yos, mi Señor, me la habéis dado!

A fuerza de cilicios he domado  
la fiera de mi carne lujuriosa  
y hoy te ofrezco mi cuerpo, blanca rosa,  
que una lluvia de sangre ha salpicado!—

A medida que el beso de la oración su boca  
refresca y santifica, toda la vida loca  
y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas

lo devora en las llamas de los cruentos martirios,  
poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,  
y en sus manos cruzadas palidez de azucenas!

## Oremus

A LUIS BARREDA

A la luz de la lámpara, un Cristo agonizante,  
 desfallece en la celda. De rodillas, escuálido,  
 en éxtasis los ojos, yace un asceta pálido,  
 inmóvil como una mármorea estatua orante.

Clava los grandes iris en las llagas divinas,  
 y los labios, que aroma de incienso la plegaria  
 tiembla de unción... Su carne es una pasionaria  
 que, mustia, suda sangre bajo un sayal de espinas!

A medida que el beso de la oración su boca  
 refresca y santifica, toda la vida loca  
 y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas

lo devora en las llamas de cruentos martirios,  
 poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,  
 y en sus manos cruzadas palidez de azucenas!

## Teresa de Avila

A FELIPE TRIGO

—Tanto, Señor, en mi locura os quiero,  
 y es mi pasión tan honda y tan sincera,  
 que por gozar vuestro sufrir, quisiera  
 ser clavada con Vos en el madero.

Presa en la cárcel de la vida, espero  
 que vuestra mano libertarme quiera,  
 y es tan larga y tan lóbrega la espera,  
 que muero, buen Jesús, porque no muero!—

Así clamó la Santa enamorada;  
 y tras largo cilicio extenuada  
 se desplomó, desnuda, sobre el lecho;

el párpado caído y tembloroso,  
 ávido el labio y palpitante el pecho  
 esperando los besos del Esposo!

### La hora mística

A MARCELINO MEZQUITA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.  
En el cielo azuloso, profundo y transparente,  
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente,  
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se estremece en el viento.  
Todo duerme en la calma de la tarde silente.  
Se oye crecer el musgo y en el alma se siente  
abrirse como un cáliz un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores  
del claustro. De rodillas escucha los clamores  
del órgano que entona responsos funerarios,

y bendice a los monjes que en estas tardes puras,  
cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas  
al pie de los inmóviles cipreses solitarios!

### Pavana

A JULIO DANTAS

Sobre la vieja clave,  
pálida mano blanca,  
toda llena de joyas  
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,  
de encajes y de gasas,  
al despertar la música  
en el salón se apaga.

Los muebles quedan solos...  
Y riman las casacas  
bordadas, con la seda  
pomposa de las faldas.

*Mis mejores poesías.*—15

Y envuelta en la humareda  
de luz de las arañas  
dentro de las floridas  
cornucopias doradas,  
ceremoniosamente  
se refleja una vaga  
inclinación de lentas  
pelucas empolvadas...

Sobre la vieja clave,  
pálida mano blanca,  
toda llena de joyas,  
preludia una pavana.

### La rueca

A YOLANDA

La Virgen cantaba  
la dueña dormía...  
la rueca giraba  
loca de alegría.

—¡Cordero divino  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones!

Gira, rueca mía,  
gira, gira al viento...  
¡Amanece el día  
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado  
mi velo de nieve,

que vendrá el Amado  
que al altar me lleve!

Se acerca... lo siento  
cruzar la llanura...  
Sueña la ternura  
de su voz el viento...

Gira, rueda loca  
gira, gira, gira!...  
¡Su labio suspira  
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana  
cuando el alba cante  
la clara campana,  
llegará mi Amante!

Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones!—

La luz se apagaba;  
la dueña dormía;  
la virgen hilaba  
y sólo se oía

la voz crepitante  
de la leña seca...  
¡y el loco y constante  
girar de la rueda!

## El clavicordio

A GONÇALVES DIAS

En el ángulo sombrío  
de la estancia, silencioso,  
con lejanos ritornelos de sonatas olvidadas,  
sueña, abierto, el clavicordio.

A través de los cristales  
empañados, el lluvioso  
jardín muerto se deshoja,  
esfumándose en las brumas de un crepúsculo de Otoño.

En la antigua sala flota  
el perfume melancólico  
de las rosas, que en las viejas porcelanas  
se marchitan, lentamente, de tristeza y de abandono.

Los dorados cuadros, duermen,  
olvidados, bajo el polvo,

y las sombras de los muebles, a lo largo de los muros,  
melancólicas alargan sus fantásticos contornos.

La abuelita, triste, sueña... Bajo el lino de la cofia  
la mirada taciturna de sus ojos,  
a través de las rasgadas humedades de la lluvia,  
se diluye en el recuerdo de los parques del Otoño,  
donde elevan los cipreses humeantes de neblinas  
sus siluetas triangulares bajo el cielo gris de plomo.

¡Está seria y está muda! Ya no alegra nuestros juegos,  
ni nos narra viejos cuentos de princesas y gnomos.  
Las tinieblas se insinúan a lo largo de la estancia;  
lentamente, los espejos, apagando van sus tonos;  
los retratos, carcomidos, en sus marcos de negrura,  
palidecen y se apagan, confundidos y borrosos;  
y los muebles agonizan devorados por la sombra,  
murmurando viejas cosas y crujiendo bajo el polvo.

Un reloj lento y lejano  
deja caer en el hondo  
silencio, el agrio martillo de sus férreas campanadas  
que retumban en los ángulos del salón desierto y lóbrego!

Las tinieblas han borrado  
las ventanas... Y, de pronto,  
en el fondo de la estancia,  
a las tímidas caricias de unos dedos temblorosos,  
despertando los acordes de una música olvidada  
en las teclas polvorientas del antiguo clavicordio!

### Términus

A BIAGIO CHIARA

En un negro silencio me he perdido.  
La noche envuelve mi camino. Nada  
en la sombra percibe la mirada,  
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido  
que en las sendas produce mi pisada...  
¡Quién sabe, si al final de la jornada,  
la propia obscuridad será el olvido!

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto  
que los que el mármol del sepulcro encierra!...  
y soy en la aridez de este desierto,

el sueño de algún alma desterrada  
que cansada de andar sobre la tierra  
regresa a los misterios de la Nada!

FIN